



Formación de Catequistas

Parroquia del Santísimo Redentor (Madrid)
7 de mayo de 2010

Bautismo

Confirmación

Eucaristía



Los Sacramentos de
INICIACIÓN

La Iglesia propone desde el principio, a quien responde a la invitación «ven y verás» para encontrar y conocer al Señor Jesús, un **itinerario** análogo al que el Maestro ofreció a los dos discípulos: «*Fueron, vieron dónde vivía y permanecieron con Él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde*» (Jn 1, 39). El encuentro con Cristo exige un camino –«fueron»–, un conocimiento de su morada –«vieron dónde vivía»– y una permanencia junto a Él para tener experiencia de su persona. Se trata de un **encuentro que se inscribe en el tiempo**, que transforma el tiempo hasta poder recordar, después de muchos años, la hora en que comenzó: «*Eran como las cuatro de la tarde*».

Este camino de **experiencia progresiva del misterio de Cristo**, con sus correspondientes etapas que alimentan y celebran la fe, se llama **INICIACIÓN CRISTIANA**. Así lo describe una antigua tradición cristiana: «*Se lava la carne para que se purifique el alma; se unge la carne para consagrar el alma; se signa la carne para fortalecer el alma; se imponen las manos sobre la carne para que el alma sea iluminada por el Espíritu; se nutre la carne con el cuerpo y la sangre de Cristo para que el alma se sacie de Dios*» (Tertuliano, *De resurrectione*, 8). Como demuestran estas palabras, **desde los tiempos más antiguos la Iglesia reconoce en el bautismo, en la confirmación y en la eucaristía las etapas indispensables del camino necesario para entrar en la comunidad y hacer en ella experiencia de Cristo**. Por eso se les da el nombre de sacramentos de la iniciación cristiana. La fórmula quiere expresar el milagro del nuevo y definitivo inicio que se realiza en estos acontecimientos sacramentales, es decir, que a través de ellos la nueva creación toma «carne» y se hace «rostro» en la historia. Pero al mismo tiempo la expresión evidencia la **gradualidad del pro-**

ceso, a través del cual, el Dios vivo viene a establecer su tienda en el corazón y la vida de los hombres.

Esta gradualidad está motivada, en primer lugar, por la **condición histórica del ser humano**, que exige para cada cosa el esfuerzo y la paciencia de un proceso. También en la existencia redimida, la toma de conciencia del don recibido, se actúa sólo de manera progresiva y el señorío de Cristo tiene lugar por etapas y grados en el crecimiento de la fe, de la esperanza y del amor. Pero es especialmente la **«condescendencia» divina** la que justifica la exigencia de una iniciación. El Dios que no violenta mínimamente a su criatura entra en el tiempo y acepta «historizar» su amor en la progresión de un camino, que representa, en la vicisitud humilde de cada uno, las maravillas de la historia de la salvación.

Aquí está la razón de que en la celebración unitaria de los tres acontecimientos sacramentales, que se mantiene en la tradición oriental, la Iglesia antigua estableciera una verdadera **catequesis de «introducción al misterio» (o «mistagogia»)** que, partiendo de la experiencia vital ya hecha de los sacramentos de la iniciación, **llevaba gradualmente al cristiano a hacerse responsable del don recibido y a desplegarlo plenamente con el testimonio de la vida y la pertenencia responsable al pueblo de Dios.** La «mistagogia» permitía de este modo actualizar la memoria poderosa de los misterios del Salvador en las opciones y las etapas de la vida del cristiano, con la ayuda de la comunidad y bajo la acción incesante del Espíritu de verdad.

Ahí está la razón de que, aun cuando los tres acontecimientos sacramentales se celebren en momentos diferentes, la **unidad de la iniciación cristiana y el valor de la progresiva toma de conciencia del don en ella recibido** no deben perderse de

vista. **Cada uno de los tres sacramentos remite a los otros dos:** si el bautismo consagra en la Trinidad la condición de nueva criatura del cristiano, incorporándolo a la comunidad de la nueva alianza, la confirmación le habilita para obrar como criatura nueva, insertándolo en lo vivo de las relaciones y de las misiones divinas, que se reflejan en la comunión de la Iglesia y en su servicio a los hombres, mientras que la eucaristía, culmen y fuente de toda la vida del pueblo de Dios, actualiza la reconciliación pascual en el esfuerzo de los días y permite al creyente vivir en plenitud en la historia escondido con Cristo en Dios en la unidad de su cuerpo eclesial.

El bautismo y la confirmación, por tanto, comprenden constitutivamente un deseo de la eucaristía, que orienta al cristiano a celebrar la plenitud del encuentro con Cristo en el memorial de la Pascua. La eucaristía, por otra parte, requiere el bautismo –inicio de toda la existencia sacramental– y remite a la confirmación como a su fuente viva de testimonio del encuentro transformador con el Señor Jesús, que se ha ofrecido en la presencia real de su cuerpo y de su sangre.

Así, también en la unidad y la gradualidad de la iniciación cristiana se demuestra cómo el Dios vivo, que entra en el mundo de los hombres, no sólo no destruye este mundo sino que lo renueva respetando su historicidad y haciendo al mismo tiempo de él una anticipación de la eternidad. Y el hombre, que vive este encuentro gradual, manifiesta a su vez que este inicio es nuevo y transformador y marca definitivamente su vida, hasta el punto de no poder ya olvidar el tiempo en que la eternidad se ha asomado a su corazón y se ha apoderado de él. *«Eran como las cuatro de la tarde...».*

Cf. BRUNO FORTE, *Introducción a los Sacramentos*, Paulinas, Madrid 2007, pp. 37-40.